Z.

Conocí a Martín hace muchos años en un evento de periodismo en América Latina en el que estuvimos en un panel juntos y luego lo vi un par de veces más en otros eventos. Nuestros encuentros fueron breves y cordiales. Él fue jurado en un premio en el que concursé hace algunos años. El año pasado nos vimos de nuevo en la conferencia en Europa a la que yo y A. asistíamos. Me alegró saber que estaba ahí porque por lo poco que lo conocía me caía bien y porque existían posibilidades de colaborar en un futuro con Nómada — un medio que admiraba — debido a una conexión con otrx colegx.

Se armó un grupo grande de latinoamericanos que querían seguir de fiesta. Yo estaba muy contenta por estar con periodistas latinoamericanos ya que he estado fuera de la región por algunos años. Martín y otros compraron cerveza y vino. Varios dimos dinero para la compra del alcohol. Cantamos, bailamos y tomamos mucho, como se hace en estas cosas.

Luego Martín, A. y yo queríamos seguir la fiesta y caminamos hasta nuestro hotel. Los invité a mi cuarto que era muy grande y tenía dos camas y una pequeña sala. Nos sentamos en mi cama a platicar. Yo estaba medio acostada y, de repente, sentí que Martín me estaba sobando la pierna, un poco arriba de la rodilla y demasiado cerca de mi glúteo. Había tomado mucho y no reaccioné, no sabía si yo estaba exagerando en mi cabeza lo que pasaba. Me incomodó mucho. Creo que después me levanté o me moví para que parara, pero no le dije nada.

Me deja helada lo mucho que te podés congelar (me congelé) a pesar de tener el conocimiento teórico de que nadie debería tocarte (tocarme) sin tu (mi) permiso; a pesar de cubrir temas de género desde el periodismo desde hace varios años; a pesar de ser feminista.

Martín y A. se movieron de lugar y me quedé sola en la cama, donde me quedé dormida. Seguro no fueron más de un par de minutos, pero al despertar me levanté muy asustada. Sabiendo que él me había tocado sin mi permiso, me dio mucho miedo haber estado inconsciente en su presencia. Ahí en un cuarto, muy intoxicada, con la posibilidad de no sentir si me tocara de nuevo o peor.

Creo que fue ahí cuando me fui al baño a vomitar. Estando en el baño, llamé a mi novio llorando, con miedo de qué podía pasar, con miedo de quedarme inconsciente. No sabía qué hacer. Mi novio me dijo que les dijera a Martín y A. que me sentía mal y que por favor se fueran del cuarto.

En el momento no sentía posible decirle que se fuera. Ahora veo que tenía miedo de quedar como la loca, la exagerada que leyó demasiado en algo que ni tenía importancia. Ahora sé que no fue así.

Me acerqué a A. y le pedí que se fueran. Le susurré que no me dejara sola con él.

No le pregunté si ella sentía lo mismo. No hablamos de esto, ni supimos cómo ambas vivimos esa noche hasta varios meses después. Me siento culpable de no hablarle preguntado.

Leí el comunicado de Martín y me parece una desfachatez que escriba que no tiene “rencor” con las mujeres que han contado relatos similares a este, que diga que los relatos son verídicos porque “son suyos: se sintieron acosadas”. Su mano sobre mi pierna no fue un sentimiento mío.

La realidad de que hombres violan a mujeres valiéndose de su estado de inconsciencia es un hecho, no un sentimiento. Muchos estudios realizados desde la década de 1970 hasta ahora muestran que el consumo de alcohol por ambas partes aumenta el riesgo de que las mujeres sean víctimas de violencia sexual.

Muchos dirán que es mi culpa por haber tomado. Yo misma la he sentido, aunque racionalmente sé que no es cierto.

“Los perpetradores usan muchas veces el alcohol como excusa para ejercer un ataque sexual, mientras que las víctimas muchas veces se sienten culpables porque estaban bebiendo. Sin embargo, los hombres son legal y moralmente responsables por los actos de violencia sexual que cometen, sin importar si ellos estaban intoxicados o sintieron que la mujer le dio esperanzas previamente. El hecho de que el consumo de alcohol por las mujeres aumente la probabilidad de que experimenten abusos sexuales, no las hace responsables del comportamiento del hombre” (Abbey, A. 2002. Alcohol-Related Sexual Assault: A Common Problem among College Students. Journal of Studies on Alcohol / Supplement №14. P. 118–128).

El que Martín, quien se vendía como feministo, siga utilizando el lenguaje de género, diciendo que ahora se está deconstruyendo y construyendo, para cubrir sus faltas es un acto totalmente vacío. Le debería dar vergüenza agarrarse del lenguaje que las mujeres han utilizado para verbalizar una lucha contra los sistemas y estructuras sociales que refuerzan la violencia de género para tratar de limpiar su imagen.

Mi lectura es que Martín (y otros como él) se valen de lo mucho que cuesta compartir estas experiencias con alguien más. Y que, además, si sos feminista, te da vergüenza el no haber podido decir nada en el momento y ¿cómo vas a contar algo que da vergüenza en tantos niveles?